

La cultura en Bogotá, en el período de la independencia

Escribe: OSCAR ECHEVERRI MEJIA

En este período sobresale con luz propia Antonio Nariño, uno de los hombres más extraordinarios que ha producido la capital colombiana, y quien —al decir de Gómez Restrepo— “pareció querer desmentir la idea generalizada de que la afición a la vida tranquila era uno de los rasgos distintivos de los hijos de Santa Fe”. Nariño fue para don Raimundo Rivas un **Caballero andante**; y monseñor Rafael María Carrasquilla lo situó, en uno de sus estudios juveniles, inmediatamente después de Bolívar.

El **Precursor** no solamente fue el traductor, impresor y propagador de los **Derechos del Hombre**, sino un estudioso, un lector infatigable y un **mantenedor** de la afición literaria de los santafereños, ya que alrededor de su biblioteca mantuvo una animada **tertulia literaria**. Es célebre su **Defensa ante el Senado**, una de las más notables piezas oratorias de nuestra historia literaria. También lo es el discurso que pronunció para la apertura del Colegio Electoral el 13 de junio de 1813, el cual fue reputado por Jorge Ricardo Vejarano en su biografía del héroe, **El andante caballero don Antonio**

Nariño, como superior al **Memorial de Agravios**, de Camilo Torres.

En un plano diferente figura otro escritor nacido en Bogotá por esta época, Luis Vargas Tejada (1802 - 1829), prematuramente fallecido cuando iba a producir la obra madura que sus escritos juveniles hacían esperar. Pese a los cortos años que vivió, Vargas Tejada dejó cinco tragedias, escribió fábulas políticas, versos satíricos, poesías líricas de tipo patriótico y amoroso, etc. De su obra teatral solo se ha salvado **Las convulsiones**, de marcado acento nacional y fresco humorismo.

EL SIGLO XIX

En el siglo XIX, el siglo del Romanticismo, nacen en Bogotá algunos de los más sobresalientes poetas y escritores de Colombia: Rafael Pombo, Miguel Antonio Caro, Rufino José Cuervo, José María Vergara y Vergara, José Manuel Marroquín, José María Rivas Groot, Antonio Gómez Restrepo, Rafael María Carrasquilla, José Vicente Castro Silva.

Para su gloria como oriente de la literatura colombiana, le habría

bastado a Bogotá el ser la cuna de Rafael Pombo, “el más completo y quizá el más grande de los poetas colombianos”, según Gómez Restrepo. No exagera el distinguido crítico: Pombo puede parangonarse a los poetas españoles e hispanoamericanos de más nombre, no solo por la pureza de su estro sino por la profundidad y la extensión de su obra. Fue el autor de *La viejecita* al par que de *La tumba de Ricarurte*; tan pronto cantó al Niágara, como escribió *Simón el bobito*; ora exalta a la Madre de Dios, lleno de unción y de fe, ora se sume en la más espantable desolación y escribe su *Hora de tinieblas*. Ni el amor, ni la patria, ni la fe, ni la naturaleza, ni la filosofía, ni los cuadros de costumbres, ni la infancia —ningún tema, en fin— está ausente de sus versos.

Rafael Pombo es el poeta de Bogotá y de Colombia, y la capital así lo reconoció al coronarlo solemnemente en el Teatro de Colón en 1905. Murió en 1912, después de realizar una carrera literaria (escribió también sobre crítica, historia, religión, derecho internacional, etc.) que había comenzado a los 19 años y que terminaba a los 79 en plena producción.

Don Miguel Antonio Caro y don Rufino José Cuervo merecen nombrarse como Pombo en esta galería de prohombres bogotanos. Caro es uno de los más completos literatos de Colombia; su enorme valor como ensayista y filólogo opaca sus méritos de poeta. Para don Juan Valera era “quizá el hombre más eminente en Colombia por el pensamiento”, y “un sabio filólogo y humanista, muy versado en autores clásicos, griegos y latinos, como lo demuestra su hermosa traducción de Virgilio”. Su propio adversario político, don Carlos

Martínez Silva, lo consideró el cerebro mejor organizado de Colombia. “Desempeñó Caro en Colombia (dice Gómez Restrepo) un papel análogo al de Bello en Chile, por la autoridad de su magisterio, la eficacia civilizadora de su influencia, la rica variedad de sus facultades”.

Caro fue poeta, crítico literario, traductor, hombre de Estado, periodista, orador, filósofo. Su traducción en verso de Virgilio es, según Menéndez y Pelayo, la mejor entre las de nuestra lengua; tradujo, además, a Tibulo y Horacio, a Lamartine, Byron y Sully-Prudhomme. Escribió el mejor modelo de oda heroica que ofrece nuestro Parnaso, afirma Carlos Arturo Caparroso al referirse a su poema *A la estatua del Libertador*. Marco Fidel Suárez dijo que su traducción de la *Eneida* era un “monumento de la literatura moderna Universal y corona que aparea a su autor con León, Delille, Dryden y Voss”.

Caro fué presidente de Colombia y promotor y guía intelectual de la reforma institucional que desembocó en la Carta del 86. Fundó con Marroquín y Vergara y Vergara, nuestro más alto instituto de la cultura: la Academia Colombiana de la Lengua.

Don Rufino José Cuervo es el más notable exponente de nuestra filología. Nació como Caro, en la capital del país. A los 23 años publicó, en asocio de aquél, la *Gramática latina*.

“Imposible parece que, en medio de las faenas de una fábrica de cerveza, don Rufino José, auxiliado por su hermano Angel, creó los bienes de fortuna que no tenía, le

sobrasen tiempo y medios para leer, conocer a fondo y poder citar todo libro escrito en castellano desde la formación del lenguaje hasta ahora. Así será su obra alto monumento literario, honra de Colombia, de él y de la raza a que pertenece”, dice en una de sus **Cartas americanas** don Juan Valera. Y agrega que su **Diccionario de construcción y régimen** es un portento de erudición, de buen gusto, de tenacidad y de paciencia.

¿Quién no conoce, en España y en Hispanoamérica, sus célebres **Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano**? ¿Quién no ha leído sus **Notas a la Gramática de Bello**?

Cuervo era además poligloto, pues conocía los idiomas clásicos, y el árabe y el sánscrito. La muerte lo sorprendió cuando escribía su obra póstuma, **Castellano popular y castellano literario**, de la cual dijo Lenz que “cambiaría de un día a otro el aspecto de la filología hispanoamericana”. Su **Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana** es la más extraordinaria obra en su género de nuestra historia. Fué también excelente crítico literario como lo demuestra su estudio sobre el **Virgilio** de Caro. La **Gramática latina**, escrita, como dije antes, con la cooperación de éste, fue considerada en 1891 por la Real Academia Española como la mejor aparecida hasta entonces.

En un tono menor, pero solo menor por comparación con los tres colosos que acabo de nombrar, vienen ahora don José Manuel Marroquín y don José María Vergara y Vergara, nacidos igualmente en Bogotá, el uno en 1827 y el otro en 1831.

Del autor de **La perrilla**, se dijo que era “un ataúd cubierto de flores”, aludiendo al contraste entre su porte distinguido de gran santafereño, y su ingenio festivo y cáustico. “En su espíritu retozaban los retruécanos y las ironías, percibía agudamente los detalles y el lado risueño de las cosas y de los hombres y hacían malabares con las palabras y los versos, en combinaciones originales y de difícil ejecución”, dice de él don Juan de Dios Arias.

Y Caparroso, quien considera su **Perrilla**, como obra maestra del género festivo, agradable juguete de sano, fresco y regocijado humor, agrega: “Político inesperadamente, a lo último de su vida, puede decirse que le aconteció en verdad aquello por él versificado:

*“Es flaca sobremanera
toda humana previsión
pues en más de una ocasión
sale lo que no se espera”.*

porque, de su sosegada existencia de letrado y de hidalgo campesino, por raras vicisitudes históricas, se vio llevado a la Presidencia de la República, posición en la que le tocó hacer frente a una de las emergencias más conturbadas de la vida nacional: guerra civil de 1899 a 1902, pavorosa crisis económica, separación de Panamá”.

El castellano de **Yerbabuena**, como suele llamársele, vivió dedicado durante su larga vida (su muerte acaeció en 1908) al cultivo de las letras. Escribió mucho, sobre todo en el terreno festivo, y dejó una de las obras más originales de nuestra lengua, sin parangón en ella: su **Tratado de ortografía**, el cual —pese a la opinión de los novísimos educadores— enseñó es-

ta difícil ciencia a varias generaciones colombianas, y no ha sido reemplazado ventajosamente por ningún otro sistema. Hartzenbuch consideró este trabajo perfecto.

Tan conocido es el señor Marroquín por *La perrilla*, como por su novela *El Moro*, historia de un caballo y a la vez vivo cuadro de costumbres de la sabana de Bogotá. Escribió además, otras tres novelas de inferior calidad: *Blas Gil*, *Entre primos* y *Amores y leyes*.

En cuanto a don José María Vergara y Vergara, fundador, en asocio de Caro y de Marroquín, de la Academia Colombiana, nadie lo define mejor que el señor Arias en su *Historia de la literatura colombiana*: "No solo fomentó con su ejemplo y con su *Historia* los estudios literarios, como se ve en el caso de don Eugenio Díaz y de Jorge Isaacs y en el hecho de haber editado las poesías de Marroquín, Caicedo Rojas y Gutiérrez González".

En efecto, Vergara y Vergara es el patriarca de las letras colombianas —al lado de don José Joaquín Ortiz— su más insigne y denodado propulsor, su mecenas generoso, su **descubridor** de valores nuevos, su historiador infatigable. De él parte la investigación literaria en Colombia, que más tarde ha tenido tan ilustres continuadores. Uno de ellos, don Antonio Gómez Restrepo, dice de Vergara "que tenía alma de niño, delicada y sensible, nacido para amar y ser amado, para difundir en torno suyo la placidez y la alegría, y abrillantar a los demás con los reflejos de la luz que lleva en su ser".

El país contrajo una impagable deuda con Vergara y Vergara, por ser él quien lanzó a la publicidad a Isaacs; esta deuda se acrecentó aún más con la publicación de su *Historia de la literatura en la Nueva Granada*, obra inapreciable para quienes deseen conocer nuestro pasado literario. Fue Vergara, además, alma y motor de *El Mosaico*, periódico de gran influjo en su época, alrededor del cual se formó la *Tertulia* del mismo nombre, compuesta por lo más granado de la época: Ricardo Carrasquilla, Salvador Camacho Roldán, Marroquín, etc.

Escribió don José María Vergara, además, cuadros de costumbres: *Las tres tazas* y *Un par de viejos*; artículos literarios: *Los buitres*, *Un manojito de hierba*; novela: *Olivos y aceitunos todos son unos*; poesías: *Versos en borrador*.

Merecen citarse igualmente, por esta época, los escritores bogotanos José María Rivas Groot (cuyo poema *Constelaciones* fue escogido por la Academia Colombiana como uno de los 10 mejores escritos en nuestro país; de él dice Bayona Posada que es "una de las más bellas poesías de nuestro parnaso y quizá del mundial"); José Manuel Groot (1800-1878), miembro de *El mosaico* y autor de la *Historia eclesiástica y civil de la Nueva Granada*; Manuel Ancizar, nacido en 1828, célebre por su libro de viajes *Peregrinación de Alpha*, escrito cuando era secretario de la Comisión Corográfica; y José Caicedo Rojas (1816-1895), autor de los conocidos poemas *La fuente de Torca* y *El primer baño*.